

Ciudadanía y violencia: algunas notas sobre la experiencia de Medellín¹

Debo comenzar por agradecer esta invitación. Y vale la pena destacar el hecho de que un historiador - pues eso soy en términos básicos- haga la conferencia inaugural de un curso de sociología. Aunque la cooperación y cercanía entre ciertas formas del trabajo de los historiadores y el de los sociólogos es clara, cuando se trata de cumplir con los rituales académicos surgen con frecuencia las rivalidades o las disputas de fronteras. Para muchos sociólogos, el trabajo de los historiadores carece de rigor metodológico, no tiene una relación suficientemente clara con la teoría, rechaza con demasiada rapidez la búsqueda de explicaciones universales. Para muchos historiadores, la mayor parte de los sociólogos no advierten el espesor histórico de los problemas que tratan, hacen demasiado énfasis en la búsqueda de correlaciones que crean explicaciones más aparentes que reales, buscan la explicación de un proceso individual en procesos más generales o universal. No pretendo ahora, no sería el momento oportuno, debatir con algún rigor las complejidades de la disputa metodológica en torno a conceptos como el de la comprensión, la explicación o la interpretación, que están en el eje de divergencias y debates a veces fructíferos, ni sobre el problema del tiempo que está en la base de toda la metodología histórica. Pero quiero evocar rápidamente, y destacar su calidad, el importante trabajo histórico que han hecho los sociólogos, sin detenerme mucho en las objeciones que puedan merecerme algunos de sus desarrollos concretos. No hay duda de que muchas de las obras más significativas del trabajo de los sociólogos en Colombia han tenido un fuerte componente histórico. Recordemos que uno de los primeros trabajos de Orlando Fals Borda, uno de los fundadores de la sociología moderna en Colombia, fue, hace unos cuarenta años, **El Hombre y la Tierra en Boyacá**, en el que trazaba la historia de la disolución de los resguardos indígenas en el siglo XVII y XVIII. Después de varias obras más contemporáneas y de algunos intentos por elaborar una explicación unitaria de la historia del país, hizo un notable esfuerzo de historia sociológica, la **Historia Doble de la Costa**, no tan bien acogida como la primera por los historiadores. Mencionemos igualmente, en forma superficial, los trabajos sobre la encomienda colonial y sobre la historia de la violencia y la colonización de Darío Fajardo, los artículos de Darío Mesa sobre la historia colombiana de la primera mitad de este siglo, el estudio de Alberto Mayor sobre la Escuela de Minas de Medellín, la investigación de María Teresa Uribe sobre el siglo XIX antioqueño, etc. etc. No quiero con esto anexar a la historia científicos sociales que han querido mantener una metodología que consideran específicamente sociológica: simplemente mostrar que en el proceso de comprensión de la

¹ Lección inaugural en la Maestría de Sociología, Universidad del Valle, agosto de 1995.

² En Europa, la nostalgia del campo se convirtió en una forma de expresar el descontento con la ciudad. A pesar de que Medellín es una ciudad nueva (pensemos que hace 60 años era apenas una décima parte de lo que es hoy) y que por lo tanto tiene poco pasado urbano, ha surgido en Medellín una forma de nostalgia de esa ciudad naciente. Son varias las obras literarias, los textos en los cuales se recuerdan, con simpatía, las barras de barrio, las peleas a piedra con la barra vecina, las tiendas, las ventanas donde se vendían helados y se forraban hebillas, las bebas en Guayaquil. Frente a la violencia y la incertidumbre actual, la infancia, y más que la infancia, la adolescencia en Medellín, surgen como imagen de tranquilidad y se acentúan sus rasgos pintorescos. Una excelente construcción literaria en este sentido, que entra inmediatamente en contraste con el infierno posterior -y que muestra la adolescencia idílica en **Los Días Azules** y algunas de las fases de la transición en **El Fuego Secreto**- es **El Río del Tiempo**, de Fernando Vallejo. Era una ciudad en lo que lo que uno hacia tenía importancia, uno tenía algo de actor y de autor, era reconocido por lo que ocurría. Hasta los bobos, hasta Marañas y Cosiaca eran conocidos por todos. El rostro callejero era reconocible, vaga o precisamente, mientras que hoy es anónimo, y lo que

sociedad, la interpretación del pasado es un elemento esencial. Muchos de los debates sobre las relaciones entre estas dos disciplinas se apoyan, como ocurre con frecuencia cuando se trata de definir identidades, en juegos de espejos y en discursos proyectivos, en los que se atribuya a la otra disciplina lo que se objeta en la propia. En todo caso, esta invitación muestra que no dominan en este claustro visiones militantemente excluyentes, como las que han existido en otros momentos en algunas universidades. Y se muy bien que muchos de los investigadores que trabajarán en este postgrado tropezarían con dificultades para contestar la pregunta de si son realmente historiadores o sociólogos.

En segundo lugar quisiera declarar que esta exposición no es el resultado de un trabajo académico, de un esfuerzo discursivo apoyado en la lectura e interpretación de textos, conceptos o información empírica sistemáticamente recogida. Es más bien un ensayo, con los elementos de arbitrariedad que son propios de este género, con su habitual combinación de la vivencia personal y la meditación desordenada, para pensar algunos problemas cuya relación no es para mí todavía muy clara, pero que me parece crucial para comprender la realidad actual. Y esto es particularmente cierto en este caso, pues los últimos cuatro años he tenido que participar en actividades más cercanas al mundo burocrático y del ajetreo político que del mundo universitario, y mis lecturas se han hecho con el desordenado ímpetu de quien tiene poco tiempo para ellas, y no puede por lo tanto seguir con un mínimo orden lo que sobre los mismos ejes de sus preocupaciones publican los científicos sociales del país. No estoy seguro de conocer muchos aportes importantes hechos en estos años a la interpretación de la violencia, de los procesos urbanos, de la transformación del discurso político que puede estarse dando en el país.

Puede ser obvio, pero al mismo tiempo es fácilmente negable, que el científico social quiere, en algún sentido, comprender el mundo para transformarlo. En el horizonte, remoto o cercano, de su trabajo investigativo, se encuentra siempre la perspectiva de que lo que descubra, o lo que analice, o lo que proponga, sirva para que los hombres vivan mejor. Son muchas las explicaciones de la relación que se da entre el conocimiento y la acción, y más específicamente, entre el conocimiento social y la política. Y son muchas las posturas éticas o políticas sobre las formas aceptables de esta relación. E igualmente muchos los argumentos metodológicos que invitan a veces a convertir el análisis en un momento apenas de un esfuerzo de participación y acción, o los que insisten por el contrario en la necesidad de mantener la más absoluta, o al menos la más amplia posible, independencia entre los procesos de la investigación y los de la acción. Tradicionalmente, ante todo el ejercicio de la crítica ha sido concebido como la herramienta de la transformación, y no sería difícil recordar los textos brillantes del Marx juvenil que apoyan esta formulación. En forma igualmente tradicional, otras corrientes han visto en el científico social una especie de ingeniero de las relaciones entre los hombres, que con su conocimiento manipula un mundo de opiniones o formas de acción. Distintos argumentos, distintas retóricas de la ciencia social apoyan la actitud del revolucionario y la del funcionario que ve su objeto de conocimiento como un objeto de transformación. Sin embargo, y sin abundar mucho en esto, me parece que es la búsqueda de una solidaridad quizás imposible entre las armas de la crítica, con sus pretensiones universalistas e incluso mesiánicas y el respeto, que normalmente conduce a un gradualismo político, del proyecto de los actores sociales reales, que buscan encontrar y proteger su papel de sujetos más o menos activos de cambio, el que puede fundar una acción sin muchas ilusiones pero basada todavía en la tradición ilustrada de nuestras ciencias.

No debe sonar extraño reconocer que con frecuencia, y es ese mi caso, la más agresiva de las comprobaciones que surgen de la experiencia de actividad política es el escaso influjo del saber y el conocimiento sobre la realidad: aun si uno tiene la vanidad de creer que las herramientas de la ciencia

social y de la historia le dan instrumentos para comprender mejor la realidad, tiene que resignarse a saber que el poder surge, y sería innecesario abundar en este lugar común, de factores muy diferentes: la pertenencia a organizaciones políticas, el vínculo con sectores social y económicamente dominantes, la capacidad para manipular los medios de comunicación y la información, la construcción gradual de redes de solidaridad e interés común, etc. Y el intelectual tropieza entonces con la paradoja de que descubre muy pronto que muchos instrumentos que podría utilizar para lograr resultados, para ejercer un mayor poder, le resultan vedados a la luz de las implicaciones ético-políticas que entrarían en contradicción con los supuestos democráticos y críticos de su acción.

De la “Bella Villa” a la crisis.

Durante la década de 1980 la representación mental evocada por el nombre de Medellín fue modificándose en forma dramática como resultado de los fenómenos ligados al narcotráfico. Para colombianos y antioqueños, la ciudad sugería antes connotaciones usualmente positivas: era una ciudad muy bien administrada, por una élite empresarial y política llena de espíritu cívico, con unos excelentes sistemas de empresas públicas, una ciudad bella y limpia, una “tacita de plata”, con una ética exigente de trabajo individual, con una mentalidad que combinaba un afán insaciable de progreso y riqueza materiales con el control ético derivado de una fuerte presencia religiosa, con unas estructuras familiares sólidas y con autoridad paternal vigorosa, con unos valores que daban primacía al esfuerzo individual y al trabajo sobre las tradiciones aristocratizantes. Era, además, el paradigma de desarrollo industrial y en cierto sentido el modelo de manejo de las relaciones obrero-patronales. Como lo señalo adelante, esta imagen ocultaba contradicciones más serias, y las señales de fracturas y deterioro venían creciendo aceleradamente desde mediados de siglo, pero era sin duda lo que usualmente se evocaba al pensar en Medellín, y no es una simple reconstrucción nostálgica del pasado: un artículo como el publicado en 1947 en Selecciones del Reader Digest muestra hasta donde el viajero incauto salía convencido de todo esto al dejar a Medellín después de una o dos semanas de visita.

Para 1990 Medellín era la capital mundial del narcotráfico, la ciudad más violenta del mundo, y una ciudad donde los problemas de desarrollo urbano habían explotado en la forma más feroz. La más alta tasa de desempleo en el país, la peor concentración del ingreso urbano, barrios surgidos de invasiones sin espacio público ni servicios sociales fundamentales, una ciudad escindida en dos, sin que la vieja ciudad, la del orden y el progreso, hubiera advertido el crecimiento canceroso de las llamadas “comunales”. Un sistema político en crisis, con una baja participación popular en los procedimientos de elección de gobernantes, y una sociedad en la que todos los elementos de control ético tradicional parecían haberse quebrado en forma casi simultánea. La indiferencia ante el delito, aun el más grave, la aceptación, como figuras paradigmáticas de éxito, de mafiosos y pistoleros, una juventud descrita como entregada al dinero fácil y a la emoción de la violencia, una burguesía industrial incapaz de mantener el ritmo de crecimiento económico y a punto de perder el control sobre su propio territorio, asediado por el narcotráfico, una dirigencia política reconocida como corrupta y clientelista.

Hoy, cuatro años después, este péndulo que osciló tan violentamente parece haberse devuelto parcialmente: otra vez los medellinenses creen que su ciudad va para adelante, que los problemas se resolverán, y se han reconstruido, así sea en forma inicial, muchos de los elementos de control de la ciudad. La sensación es que el narco ha perdido el control de la delincuencia, que otra vez las empresas públicas y la administración municipal son modelos de eficiencia y dedicación cívica, que los empresarios locales lograron frenar la invasión de dineros del narco y han construido el mayor imperio industrial y financiero del país, han vuelto a considerar esencial un compromiso con el desarrollo social

amplio de la ciudad, que los pobladores de los barrios han reasumido su voluntad de trabajo cívico conjunto. Subsisten, es verdad, elementos de crisis, a los que me refiero antes. Quizás, en el campo de la política, lo más sorprendente es la disociación radical en la mente de los ciudadanos entre una mirada positiva a la gestión pública (los alcaldes, desde 1990, han obtenido consistentemente niveles de aceptación de su gestión que han oscilado entre el 70 y el 95%) y una continua desconfianza de la gestión de los políticos: la participación en la elección del alcalde nunca ha superado el 25% de los electores potenciales. En 1994 apenas unas 70.000 personas votaron por quien hoy dirige la ciudad.

No tengo duda de que la experiencia de Medellín la convierte en un obvio laboratorio de análisis social, político y ético. En pocos sitios se han concentrado en tiempo tan breve transformaciones tan radicales y cambios tan brusco: de ciudad pacífica a una ciudad en la que mueren en un año asesinadas más personas que en toda Europa occidental; de paradigma del trabajo honesto y de una elite puritana a centro del consumo conspicuo; de ciudad conservadora moralmente y controlada por la iglesia a una ruptura casi completa de los discursos éticos, de una democracia patricia y elitista a la crisis de todo vínculo político democrático. Y en pocos años, ha retomado lo que parece un esbozo de estrategia social de superación de los problemas más dramáticos, con un grado notable de participación ciudadana, en un contexto de transformación de los discursos políticos y de las redes de acción social cívico-políticas relativamente novedosos. Las retóricas, los lugares comunes del debate público han cambiado en forma paralela, de los años del progreso, la religión, el trabajo y la cooperación social a los años del conflicto, la reivindicación, la queja por la corrupción y su aceptación, el disfrute inmediato de una vida que no dura, y luego a los lugares comunes de hoy: la participación ciudadana, la cultura de la convivencia, la importancia del barrio y sus redes locales, los derechos humanos, la defensa de la vida, la formación de ciudadanos.

Es también, en mas de un sentido, una experiencia paradigmática. Algunos de sus procesos parecen repetirse en otras ciudades, y sin duda alguna existen elementos comunes, así como diferencias notables, entre las realidades sociales y las historias que han conformado a las principales ciudades del país, que permiten analizar comparativamente las experiencias de ellas.

El texto siguiente trata de ofrecer una visión sintética del proceso histórico que llevo a la encrucijada reciente, y un esbozo de los diversos elementos que parecen configurar una trama diferente de la acción política urbana. Es una aproximación inevitablemente superficial y poco sistemática, pero confío en que ayude a desarrollar una reflexión más sólida e integral sobre los problemas de nuestros ámbitos urbanos.

Medellín ha sido una ciudad amada y atacada por sus habitantes. Durante el siglo XIX, cuando era apenas una aldea, y los intelectuales vieron con horror el parroquialismo, la estrechez de miras, la concentración de sus dirigentes en un único objetivo: hacer plata. Entre las descripciones de los viajeros de 1850 o 1860, se destaca un lugar común: en Medellín el dinero es la fuente principal de prestigio y la meta principal de la actividad. Esos comentarios no ignoraban, sin embargo, que el afán de lucro estaba en alguna medida moderado por la fuerza de cierta moralidad tradicional, por el peso de fuertes estructuras familiares, y por una iglesia poderosa, al menos desde mediados del siglo XIX.

A fines de siglo todavía los comentaristas se quejaban del materialismo de los medellinenses, pero encontraban razones de optimismo: sienten que Medellín se va transformando, que al lado de su progreso material hay señales de progreso espiritual, de reconocimiento de la importancia de la cultura. Entre 1880 y 1910 Medellín se transforma a gran velocidad, y dos impulsos se suman y contraponen: el afán de progreso económico, orientado cada día más hacia el comercio y la industria y una cierta vanidad cultural y literaria. Medellín tenía entonces unos 40.000 habitantes: apenas una aldea. Pero en

este pueblo se formaban grupos musicales, se acogía con interés a los grupos visitantes de ópera y zarzuela, se representaban obras dramáticas en el Teatro Bolívar y se publicaban varias revistas literarias. Tres o cuatro narradores de importancia, y 15 o 20 menos conocidos, presentaban sus obras al público: Tomas Carrasquilla; Camilo Botero Guerra, Francisco de Paula Rendón, Eduardo Zuleta, Arturo Castro y Efe Gómez; al mismo tiempo eran leídos poetas como Epifanio Mejía o el muy joven Barba Jacob y críticos como Saturnino Restrepo o Baldomero Sanín Cano. Los dos mundos, el mundo de los negocios y el de los creadores, se mezclaban, amistosa o irónicamente. Pedro Nel Ospina o Carlos E. Restrepo no eran los únicos que combinaban la profesión, los negocios, las ganas de ser presidentes y las letras. Las librerías del negro Cano, de Carlos A. Molina, de Carlosé eran sitios de tertulia donde se desplegaban erudición y orgullo intelectual. La doble vocación de la ciudad se esgrime para reivindicar la ciudad: Medellín es una ciudad culta, Medellín es la capital comercial e industrial de Colombia.

Desde entonces, en Medellín se han contrapuesto la reivindicación de su vigor empresarial y hasta usurero y una ambigua relación con lo que no de plata. Muchos empresarios y profesionales participaron en el mundo de la cultura, aunque con frecuencia los escritores se quejaban de la incompreensión de un medio de prestamistas y capitalistas. León de Greiff se burla de la "inopia de los cerebros" en 1915, y Fernando González ataca con ferocidad durante veinte años los negocios de Ospinas y Echavarrías. Pero una corriente creadora, a veces complaciente y a veces crítica, se mantiene, y a ella se suman los pintores, entre los que tampoco están ausentes los críticos sociales o los irónicos evocadores del provincianismo, como Pedro Nel Gómez, Débora Arango o más recientemente, Fernando Botero. Del mismo modo, la novela mantiene su vigor y continuidad: Manuel Mejía Vallejo reanuda, tras cierto hiato durante los 30 y 40s, la producción literaria local de importancia, que se prolonga en Gonzalo Arango, en Tomás González y encuentra una feroz culminación en Fernando Vallejo y su **Virgen de los Sicarios**.

Desde fines de siglo pasado y durante la primera mitad del presente, se consolida un optimismo cívico, provinciano pero progresista. Entre 1900 y 1960 crece la ciudad, su población se multiplica por más de 12 veces, y este proceso está acompañado de una rápida modernización de la infraestructura. Entre 1880 y 1910 la ciudad entra en el mundo del teléfono, la energía eléctrica, los acueductos, los automóviles, las calles asfaltadas. Cierta grado de planeación se logra imponer, de manera que aunque nunca se sabe muy bien para donde se va, la ciudad controla más o menos sus problemas. Los barrios obreros iniciales son relativamente dignos: Aranjuez, Manrique, Colón. La ciudad es relativamente reacia al verde, que se deja para las fincas: Prado, las áreas entre la Catedral y Boston, urbanizados entre 1920 y 1940, en el momento de auge industrial y de enriquecimiento burgués, son extrañamente avaros de espacios públicos y verdes, que se van a buscar los fines de semana en las fincas de los ricos o las mangas del río. De este modo, mientras los ricos mantienen su vínculo semanal con el pasado rural, poco a poco los sectores populares van rompiendo violentamente con su lazo con el campo.² Pero son

² En Europa, la nostalgia del campo se convirtió en una forma de expresar el descontento con la ciudad. A pesar de que Medellín es una ciudad nueva (pensemos que hace 60 años era apenas una décima parte de lo que es hoy) y que por lo tanto tiene poco pasado urbano, ha surgido en Medellín una forma de nostalgia de esa ciudad naciente. Son varias las obras literarias, los textos en los cuales se recuerdan, con simpatía, las barras de barrio, las peleas a piedra con la barra vecina, las tiendas, las ventanas donde se vendían helados y se forraban hebillas, las bebas en Guayaquil. Frente a la violencia y la incertidumbre actual, la infancia, y más que la infancia, la adolescencia en Medellín, surgen como imagen de tranquilidad y se acentúan sus rasgos pintorescos. Una excelente construcción literaria en este sentido, que entra inmediatamente en contraste con el infierno posterior -y que muestra la adolescencia idílica en **Los Días Azules** y algunas de las fases de la transición en **El Fuego Secreto**- es **El Río del Tiempo**, de Fernando Vallejo. Era una ciudad en lo que lo que uno hacia tenía importancia, uno tenía algo de actor y de autor, era reconocido por lo que ocurría. Hasta los bobos, hasta Marañas y Cosiaca

años de satisfacción y orgullo: para todos, el Medellín de los 30s y 40s era el paraíso terrenal, la ciudad de la eterna primavera, el mejor clima del mundo, la tacita de plata, el sitio de la limpieza y la convivencia, el escenario de varias de las maravillas del mundo.

Vista esta época desde las tragedias posteriores, es imposible no sentir nostalgia. En 1914 Jorge Rodríguez, una especie de DANE casi individual de la época, se lamentaba: ese año se habían producido seis homicidios, dos más que el año anterior: una tendencia preocupante (para unos 80000 habitante: es como si en 1994 viviéramos el horror de tener, en todo el año, unos 120 o 130 homicidios). Entre 1910 y 1945 la vida en la ciudad era tranquila y relativamente pacífica. Es cierto que poco a poco va surgiendo la pobreza, con el crecimiento acelerado de la población y la aparición de formas de comercio e industria más opresivas y explotadoras, y con las dificultades para encontrar alojamiento o adquirir un lote, y ciertas zonas de la ciudad reúnen algunos ejemplos de miseria y deterioro: sobre todo las zonas de prostitución, con sus borrachos y sus mendigos. Pero la pobreza y la violencia que han despedazado a Medellín entre 1950 y 1990 no son heredadas del pasado, cuando la pobreza era otra cosa, mucho más vivible: las hicimos los habitantes de Medellín, con las decisiones y las formas que escogimos para el "progreso", con los valores promovieron como representativos de nuestra cultura y nuestra ciudad, con la negligencia que impidió enfrentar desde mediados de siglo algunos problemas que empezaban a crecer desafortunadamente. También la delincuencia reciente es el resultado de procesos relativamente previsibles, aunque uno no sabe si evitables: desde los 60s empezaron a surgir los indicios de que el desarrollo urbano de Medellín empezaba a trabarse en forma estrecha con el surgimiento de grandes bandas delincuenciales, con el secuestro y un poco después, con un tráfico de drogas que, en el contexto de una rápida transformación de valores, se vio al comienzo más con curiosidad y hasta simpatía que con temor y rechazo.

Lo mismo, por supuesto, pasa con otros tipos de elementos de la vida urbana: los problemas del tráfico, las dificultades para transportarse, los costos, la suciedad y la basura, la contaminación, la destrucción de las quebradas y del Río, el descontrol de la urbanización de las zonas del norte, la invasión del espacio público, todo eso es lo que hemos hecho los habitantes de la ciudad con ella en este siglo. Siempre en nombre del progreso, y siempre luchando, sincera y honestamente, por resolver algunos de los problemas, pero de una manera que creaba otros más grandes, y sin tener una visión integral y sistemática de para donde iba la ciudad y que podía hacerse para evitar que los cambios producidos por el desarrollo económico destruyeran los elementos de convivencia y la calidad de vida en la ciudad. La planeación urbana, adoptada en forma temprana, se concentró en controlar la disposición de las nuevas calles en las zonas menos periféricas y a manejar un plan vial básico, y desde los años heroicos de un Ricardo Olano, cuando había algo de imagen integral apenas soñada de la ciudad, hasta mediados de siglo, cuando se esbozo el Plan Integral, no hizo sino perder gradualmente control de lo que realmente pasaba en la ciudad.

En este proceso, de progreso y creación de miseria, de avance y tensión, los habitantes de Medellín han desarrollado al mismo tiempo, como los del siglo pasado, orgullo y horror por la ciudad. Metrállín y Mierdellín sin términos que oímos todos los días, pero al mismo tiempo casi todos los habitantes de la ciudad sienten que están en el mejor de los mundos posibles, que la ciudad sigue siendo bella y atractiva, y que la gente, mientras no le pegue a uno un tiro o no lo atraque, es la única con la cual uno se siente a gusto. Adoramos a nuestros prójimos, quizás por cordiales, por buenos compañeros de parranda, por

eran conocidos por todos. El rostro callejero era reconocible, vaga o precisamente, mientras que hoy es anónimo, y lo que uno hace parece carecer de toda importancia y reconocimiento.

un lenguaje hiperbólico y humorístico que nos gusta, por la facilidad para crear una solidaridad superficial, por que sabemos con quien contamos, por su seriedad y voluntad para trabajar. Les tenemos miedo y muchas veces los odiamos, por su agresividad, por vivir siempre al borde del conflicto, porque no se dejan y uno tampoco se deja: pero también en esto encontramos las virtudes de la no sumisión, de la dignidad, de no dejarse humillar ni agachar la cabeza.

Hoy es tal vez más difícil hacer compatibles las percepciones de los medellinenses sobre su ciudad y la forma como viven en ella. Mientras se esgrime una retórica con un gran énfasis en lo cívico, las conductas reales se alejan radicalmente del paradigma ideal. Un ejemplo basta: cualquier medellinense habla con orgullo de la limpieza de la ciudad, pero es fácil ver el contraste entre la limpieza privada, de puertas para adentro y el comportamiento en la calle, para ver que la conducta social en beneficio común no pesa mucho. En casi todo, la regla cívica de los últimos años es, en última instancia, la de hacer lo que me sirva a mi y a mi familia, aunque perjudique a los demás. Por supuesto, en este campo, como en todos los intercambios sociales, la conducta agresiva se vuelve contra uno: en el tránsito, en la violencia, en el respeto a las normas urbanas, el preocuparse solamente por lo que beneficia a cada uno acaba enredando la vida de todos, y la defensa del interés individual lo único que produce es el daño a los intereses individuales de muchos.

En este proceso, hay cosas que se destruido casi del todo: no existe un sistema de policía y de justicia, ni siquiera en el sentido más primitivo del termino. Nadie deja de cometer un delito por el temor a la policía o a la justicia: si acaso por temor a la venganza, y en la mayoría de las personas, porque todavía tienen resistencia personal a cometer delitos serios, porque muchos, aunque ya no tengan un argumento moral explícito, siguen tendiendo una moralidad real, al menos en materia grave. Casi nadie, eso si, deja de violar las reglas menores, si ve que le conviene personalmente o en el corto plazo; muy pocos sienten que no deben evadir impuestos, comprar contrabando, colaborar con la justicia, no salir de un embrollo entregando unos pesos, pasarse un semáforo en rojo, echar basuras en una calle: en todas estas cosas, no hay un respeto o una ética cívica: simplemente funciona el temor a la policía o la justicia, pero más que a un castigo legal, es a quedar empapelado o a tener que entregar un soborno.

En términos sociales, por supuesto, hay fenómenos que no pueden analizarse con la ligereza de esta charla, y que debo al menos sugerir, para evitar dar una impresión muy unilateral. El cumplimiento de las normas que se daba hasta los cincuentas reflejaba también formas de sumisión y opresión. Una minoría manejaba la ciudad, con una mezcla de espíritu cívico y voluntad de riqueza personal, de equilibrio difícil. Pero era algo inevitable: la ciudad nunca tuvo movimientos cívicos importantes independientes de los intereses de los urbanizadores y los promotores de la destrucción-construcción continua de la ciudad, con excepción quizás de algunos momentos notables de la Sociedad de Mejoras Públicas. Y ese manejo se reforzaba por una fuerza religiosa que mezclaba una gran capacidad coercitiva con un cierto formalismo: lo que interesaba era ante todo que los pobres obedecieran la moral. Pero también en este caso, lo perdido parece a primera vista mejor que lo logrado: así fuera por un temor ingenuo al infierno o a dar un ejemplo malo al pueblo, las personas se hacían el mal mucho menos que ahora. Lo que ocurre es que, en una perspectiva histórica, estas formas de mantenimiento del orden social son siempre frágiles, y eso lo mostró cruelmente la historia de Medellín de los últimos treinta años.

Todo ese progreso ambiguo de Medellín, todo ese desarrollo cultural y de valores, abrió el camino para la crisis de los sesentas y setentas: allí se rompieron, como lo han mostrado nuestros analistas locales, todas las barreras. La iglesia perdió el poder de regular la conducta, frente a las masas de inmigrantes

que no podían seguir aceptando una predica de resignación frente a la oferta de miseria que daba la vida en la ciudad; la familia patriarcal, sostenible en simbiosis con el campo, se quebró aceleradamente frente a las tensiones del desempleo, la miseria y el hacinamiento; el manejo paternalista del conflicto social, en el que se asociaron hasta mediados de los sesentas la curia y los empresarios, cedió a un nuevo lenguaje de confrontación clasista y lleno de retórica revolucionaria y a veces violenta. La antigua ética se reventó, y se desataron desordenadamente los valores de los que pudimos enorgullecernos mientras no se afirmaban con la independencia loca de los 70s: la audacia y el afán de fortuna, que tocaron todas nuestras clases sociales, e hicieron de Medellín el mejor semillero del narcotráfico, de la aventura, del secuestro. No ignoro que en todas estas actividades extremas no se mete sino una pequeña minoría de la población. Incluso en una ciudad donde han asesinado a 60.000 personas en 20 años, los asesinos son, relativamente, unos pocos, unos cuantos miles de personas, si uno pudiera decir esto tranquilamente. Pero es que ninguna ciudad, ninguna sociedad debe tener asesinos, y cuando tiene unas cuantas decenas es preocupante, y si tiene unos centenares algo muy grave tiene que estar ocurriendo: pero en Medellín, repito, son unos cuantos miles, y unos cuantos miles los secuestradores y los que hacen uso de la violencia.

Así como no todos somos autores directos de la violencia y el delito, no todos somos víctimas directas, y es posible vivir en una ciudad sitiada como si los peligros fueran muy pocos. Es cierto que de tarde en tarde nos toca la violencia: un amigo, un familiar, una figura pública cae bajo las balas, y nos conmueve. Pero tenemos que vivir, y una manera de hacerlo es minimizar la gravedad del problema: cuantos de nuestros conciudadanos no repiten todavía que eso pasa en todas partes, que tan peligroso como Medellín es Nueva York o Río, que en cualquier parte lo pueden atracar a uno. La comprobación estadística de que los riesgos son mucho más altos en Medellín que en Nueva York, Río o Irlanda del Norte, no afecta este mecanismo de defensa psicológica, y esto tiene algo de positivo, pues no nos deja caer en la desesperación. Pero no es tan positivo si nos permite evitar analizar los problemas en su magnitud real, y tomar decisiones con energía. Todavía uno tiene la sensación de que muchos de los habitantes de Medellín consideran que el problema de violencia y convivencia no es suficiente serio para que sea indispensable hacer esfuerzos radicales, sacrificar otras metas, destinar recursos a fondo para resolverlo.

Es muy difícil, evidentemente, establecer la conexión entre la conducta de los ciudadanos que no actúan ilegalmente, que no cometen crímenes serios, y la crisis de la ciudad. No es posible convencer a quien no mata ni roba que esto no es suficiente, puesto que si todos actuaran así, el problema se resolvería. Pero las condiciones de la acción social, las que hacen que una minoría importante vea en el delito y la violencia una estrategia válida y eficaz, no se alteran porque la mayoría no cometa ningún delito, y no es mucho lo que logramos limitándonos a exhibir nuestra inocencia. Dados los problemas de Medellín, la magnitud del deterioro en estos campos, solo una estrategia radical e integral, que cambie las condiciones de existencia de los sectores de riesgo y que altere el contexto social del delito y la violencia, puede tener esperanzas de producir algunos resultados.

Tampoco es fácil lograr un verdadero consenso en estos temas. Curiosamente, se ha logrado fácilmente un consenso en declaraciones más o menos vacías y algo retóricas: tenemos que lograr la convivencia; si educamos a los jóvenes en el respeto a los otros superaremos la violencia, si eliminamos la corrupción de la policía o la ineficiencia de la justicia... etc. En todos los casos, podemos ponernos de acuerdo sobre propuestas que solo son aparentemente proyectos de acción, y que se limitan usualmente a repetir, en otro nivel, lo que habría que lograr. Lo que no se sabe es cómo lograr esa paz, cómo lograr

ese cambio de valores en los jóvenes, cómo cambiar la formación moral de los ciudadanos, cómo recuperar el respeto por la vida, cómo evitar la corrupción en la fuerza pública o lograr eficacia en las investigaciones judiciales. Lo que no tenemos son estrategias operativas, proyectos integrales con acciones concretas bien diseñadas que orienten una acción continua y evaluable en esta dirección.

El problema de la violencia, por su parte, no puede aislarse de otros problemas urbanos, como lo haré un poco más explícito más adelante: es un problema de orden y justicia, pero también de oportunidades sociales y de equidad e integración de toda la población en una ciudad que satisfaga razonablemente las expectativas de vida de la población.

Dada la magnitud de los problemas de esta ciudad, y los efectos de deterioro en la conducta de sectores muy amplios de la población, no parece viable ningún enfoque parcial y limitado. Cuando una sociedad equilibrada es amenazada por un grupo concreto y un poco intruso que rompe sus reglas, es posible que una simple acción policial o judicial sea suficiente para restablecer el orden. Cuando una crisis económica afecta temporalmente una sociedad razonablemente educada en sus valores y preferencias, un programa sectorial permitirá tal vez salir de la encrucijada. Pero en el caso de Medellín, y esto es probablemente cierto de todo el país, se han trabado en forma inextricable problemas de calidad de vida urbana, amenazas a los derechos a la vida y la propiedad, crecimiento monstruoso de grupos profesionales de la delincuencia, cambios culturales que han convertido la violencia en elemento aceptable de acción personal, situaciones económicas de miseria y marginamiento.

Pobreza, bienestar, participación y violencia.

Un modelo esquemático y simplista de la situación de Medellín, para tratar de hacer expresas algunas de las relaciones entre diversos elementos de su estructura de problemas, podría exponerse en los siguientes términos:

Es fácil, cuando se debate la relación entre la violencia reciente y las experiencias de pobreza y de carencia de amplios sectores de la población, argumentar que justamente Medellín muestra como la violencia se da justamente donde hay riqueza, y que por tanto no existe el tradicional vínculo entre pobreza y violencia. Medellín, es verdad, tiene aceptables indicadores sociales en algunos aspectos de la vida urbana: prácticamente toda la población está adecuadamente cubierta por los servicios básicos domiciliarios, y no es especialmente crítico el problema de la red vial urbana.

Sin embargo, el hecho de que las correlaciones estadísticas parezcan refutar todo vínculo entre violencia y pobreza encubre un sofisma de población. No se trata, hay que recordar, de explicar sólo porque los ciudadanos de Medellín son violentos (así esto pueda considerarse cierto): se trata ante todo de explicar porque unos cuantos miles de sus habitantes encuentran en formas extremas de violencia una estrategia válida.

Para ello, me parece excesivo descartar el influjo de condiciones reales que limitan seriamente la calidad de vida de algunos sectores de la población local.

1. En los grupos más pobres, se presentan condiciones de vivienda y de hacinamiento muy fuertes, aunque comparativamente inferiores a las de otras ciudades. El problema de los inquilinatos no es muy extenso, pero es significativo. En algunos barrios, la ciudad hace experimentos interesantes para transformar la vivienda y el entorno creados entre dificultades y limitaciones en áreas de riesgo pero viables, lo que es una buena alternativa a la solución tradicional de reubicar a los pobladores marginales. Porque lo más grave parece ser la generación de tensiones y formas de convivencia marcadas por el

conflicto en viviendas con espacios muy restringidos, tanto privados como públicos, que no permiten unos niveles mínimos de vida digna: casas donde los jóvenes no pueden permanecer porque no hay donde estudiar sin invadir a los demás, donde un radio pone en conflicto a unos con otros, donde no cabe una mata.

2. Para la mitad de la población, por lo menos, las oportunidades para que los jóvenes se incorporen exitosamente a la sociedad son muy limitadas, dadas las carencias educativas y de empleo de la ciudad. Una proporción muy alta de jóvenes no termina aun la primaria, y es aun mayor la que no concluye la secundaria. Dadas las exigencias de calificación que hoy existen para casi cualquier empleo, esto genera una barrera permanente y de largo plazo a una vida normal, y desvía grupos muy numerosos hacia formas de rebusque y aventura que abren el camino a la ilegalidad y la acción contra los demás. Este problema de ausencia de posibilidades educativas, cuantitativa y cualitativamente, está estrechamente ligado con el problema del empleo: Medellín sigue teniendo la tasa de desempleo más alta del país.

3. Una verdadera calidad de vida urbana requiere una vivencia de seguridad, en su más crudo sentido físico. Esto supone un funcionamiento razonablemente eficaz de la policía y del sistema judicial, Hoy los valores de muchos ciudadanos hacen inaceptable la cooperación con la justicia (hoy todavía consideramos sapo a quien ayuda a las autoridades) y las formas de convivencia urbana hacen inevitable estar cerca de oportunidades y experiencias de violencia. El problema de policía y de justicia no puede verse como un simple problema de conseguir mayores recursos, que permitan una acción más amplia y firme: es de valores, de recuperación de legitimidad y confianza de la comunidad, de cambio en las actitudes hacia los ciudadanos, de mecanismos de control interno más eficientes.

4. La calidad de vida urbana incluye el disfrute de un ambiente urbano agradable y de oportunidades adecuadas de uso de un equipamiento cultural, recreativo y deportivo. En muchos barrios de la ciudad esto ha decaído mucho, como consecuencia de la violencia y el temor, y por el cierre de alternativas culturales locales. Hoy la gente se encierra a ver televisión, o sale a tomar trago. Más alternativas: mejores parques y zonas verdes, áreas de recreación pública campestre, parques, bibliotecas, teatros de barrio, actividades musicales y teatrales, son parte de lo que falta en la ciudad. Por otro lado, la ciudad debe mejorar estéticamente (como lo ha hecho en alguna medida): estos factores aparentemente secundarios hacen parte de los intangibles que cambian al menos en parte la actitud de las personas. Y ciertas facilidades menores, que disminuyan factores de conflicto e irritación son importantes: sitios de parqueo, vías para bicicletas, equipamiento callejero, baños públicos limpios, aleros en las calles y paraderos cubiertos de los buses.

5. En las sociedades modernas, no existe ciudadanía sin participación. Venimos en Colombia, es cierto, de una tradición política en la que la participación de los ciudadanos en el manejo de la vida pública es limitada. Antes, todo el gesto participativo se concentraba en un momento ritual: la elección del presidente y del legislativo, cada cuatro años. Los elegidos decidían luego por todos. Hoy el esquema institucional permite una participación mayor. La elección de alcalde y de concejales es más importante, pues manejan ahora recursos y autonomías significativos. En Colombia, en las viejas condiciones, el ritual electoral se deterioro: las personas, desestimuladas por la imagen de corrupción de la política o atraídas por la retórica de las ventajas del cambio violento, dejaron de votar. Medellín es el caso más dramático y radical: de 1.000.000 de personas mayores de 18 años, no vota nunca más de la cuarta parte, Los habitantes de los barrios populares, de la zonas nororiental o noroccidental, en la practica han delegado en otros grupos la elección de autoridades municipales, lo que no les impide quejarse luego de que no atienden sus demandas.

La apatía, la idea de que uno no influye para nada, reduce la calidad de vida de las personas. En la realidad, los mecanismos y posibilidades de participación que da el ordenamiento actual son mucho más grandes de lo que parece y de lo que la gente cree. Un barrio que participe en las elecciones, en las condiciones actuales, puede con algún esfuerzo tener peso real en el concejo municipal y en la administración; un barrio que se organice y actúe unificadamente para lograr resolver sus problemas acaba forzando a las autoridades locales, con un poco de paciencia y persistencia, a enfrentarlos y apoyarlos. Pero es difícil romper las barreras existentes a la participación electoral y política: la ciudad no tiene movimientos cívicos de alcance serio y duradero, no tiene partidos políticos reales, que actúen con permanencia en la formulación de alternativas para la ciudad y escojan a sus candidatos con base en su trabajo continuo por la ciudad. Los procesos de selección de candidatos para la alcaldía, como lo han mostrado las elecciones de los últimos tres años, tienen una lógica diferente a la de la participación: se trata de buscar figuras con algún atractivo, que se ven obligados a definir un programa a última hora y que no pesa mucho en el proceso electoral mismo, y que construyen su aparato electoral a partir de trozos de los partidos, no de una red real política local, con presencia continua en los barrios y que llene la función de ordenar en forma continua el debate y la búsqueda de soluciones sociales.

Algo ha cambiado en los años recientes, sin embargo: un núcleo creciente de ciudadanos participa en los barrios en los asuntos locales, en forma mucho más autónoma, independiente y seria que antes. Los organismos comunitarios, las asociaciones de vecinos, los grupos juveniles, las mismas juntas de acción comunal, se han reactivado. En muchas zonas, algunos organismos no gubernamentales han servido de catalizadores de este proceso. Sin embargo, no es algo del todo consolidado. Y la ciudad y la administración municipal han ido generando espacios mayores de participación y discusión cívica: en los barrios se discute anualmente el plan de inversiones del municipio; el concejo municipal busca formas de escuchar desde más cerca las inquietudes de las comunas, el seminario "Medellín: alternativas de futuro", en el que se reúnen anualmente representantes de todos los sectores sociales, políticos y profesionales, constituye una oportunidad de debate y participación alrededor de los problemas de Medellín. Muchos grupos sociales que se habían retirado de los asuntos cívicos ajenos a sus responsabilidades directas vuelven a preocuparse por ellos. Las Universidades, los sectores empresariales muestran un vínculo mayor con los problemas urbanos, y una creciente voluntad de colaboración y generosidad.

La ciudad tiene además una experiencia reciente de muy baja participación en otras áreas. Los llamados movimientos sociales-movimientos femeninos, del medio ambiente, juveniles, de tercera edad, los grupos sindicales, las cooperativas, los organismos comunales - están en un estado muy incipiente: no tienen proyectos coherentes amplios, no tienen, con algunas excepciones, una dirigencia reconocida y experimentada, que les permitan proponer alternativas a la ciudad. Después de años de debilidad, parecer estar resurgiendo, pero todavía están en un nivel que apenas les permite una gestión inmediateista y exitosa de algunas reivindicaciones frente al estado y de promoción de una capacitación inicial de sus propios activistas.

Todo esto muestra la necesidad de encontrar una estrategia que lleve a una mayor participación, tanto cívica y comunitaria como política, porque apenas se está comenzando.

La formulación de una estrategia para enfrentar las dificultades presentadas antes, y para buscar líneas de acción en cada campo, eventualmente debe estar influida por una perspectiva relativamente clara de la ciudad que queremos. Medellín ha crecido y se ha desarrollado sin tener realmente un proyecto de futuro. En 1913 se formuló un plano del Medellín futuro. Fue un gesto visionario de algunos dirigentes

cívicos, que tuvo algún impacto real en ordenar algunos procesos de crecimiento y urbanización, pero no fue una visión integral de ciudad. Por ello, las regulaciones y normas derivadas de ese plan se limitaron a los puntos centrales de la urbanización de nuevos barrios. Pero la ciudad no impuso normas mínimas exigentes en términos de equipamiento urbano de los barrios, de espacio público, de reservas verdes, de zonas deportivas, de instalaciones culturales, de arborización. Tampoco tuvo una perspectiva de plazo mediano que le permitiera definir con anticipación el uso de la tierra, sectorizar la ciudad y hacer respetar las decisiones. Lo que se mantuvo medianamente controlado hasta 1950 se desordenó luego, justamente en el momento en que se adoptó un plano regulador, que raras veces fue más que una guía para la ejecución, inconexa y desordenada, de algunas obras de cierta magnitud por el sistema de valorización.

Hoy, frente a la insistencia en quitar normas y regulaciones que se vino con el proceso de modernización económica, hay que recordar que toda ciudad amable y exitosa del mundo ha sido una ciudad muy planeada, en la que ciertos valores públicos han puesto restricciones muy vigorosas al juego del mercado o de la inversión privada, por razones históricas, estéticas, urbanistas y de comodidad de todos. Ni al más radical neoliberal europeo se le pasaría por la cabeza permitir que los inversionistas destruyeran un área histórica del centro de sus ciudades para ampliar las calles o hacer unos edificios altos. Pero en Medellín se ha aprendido a justificar el caos y la destrucción urbanas con invocaciones abstractas al progreso, que de todas maneras se da, y se da mejor, si hay planeación urbana. No hay que olvidar que en el mejor de los casos, las cosas seguirán ocurriendo según lo determinen las decisiones de inversión, de manejo de la tierra, de localización de la industria: la planeación urbana más vigorosa es apenas un leve freno a los efectos negativos que a puede producir el mercado sobre el desarrollo de las ciudades.

Jorge Orlando Melo

Bogotá, Agosto de 1995